

ESTE NÚMERO DE NUESTRA REVISTA PERSONA Y CULTURA, QUE ABRE LA SEGUNDA DÉCADA DE SU PUBLICACIÓN, APARECE EN UN AÑO LLENO DE HITOS SIGNIFICATIVOS.

Está, por una parte, el décimo quinto aniversario de la encíclica *Fides et ratio*, firmada por Juan Pablo II en la solemnidad de la Exaltación de la Cruz del año 1998. Este importante aniversario se da en el marco del año de la Fe, convocado por el papa Benedicto XVI con ocasión de otra conmemoración importante: los cincuenta años transcurridos desde la apertura del Concilio Vaticano II. Quien cerrará el año de la Fe será el Papa Francisco, quien, acontecimiento de enorme trascendencia, es el primer sucesor de Pedro nacido en tierras latinoamericanas, hecho particularmente relevante para una revista como la nuestra, que tiene su hogar también en el continente de la esperanza. Por último, no podemos dejar de mencionar el hecho de que la elección del Papa Francisco se dio tras la no menos histórica dimisión del Papa Ratzinger.

Esta confluencia de acontecimientos y memorias pone de relieve varias claves fundamentales para la búsqueda de la verdad sobre la persona y la cultura, que es la razón de ser de nuestra publicación.

Empecemos por referirnos al Concilio Vaticano II, que fue sin duda el acontecimiento eclesial más importante del s. XX. Sus orientaciones,

¿Por qué el Papa Wojtyla, al contemplar de cara al horizonte definitivo de su existencia su largo y fecundo pontificado, ponía como corazón de su misión el Concilio?

como indicó el beato Juan Pablo II, siguen siendo determinantes para la Iglesia en estos inicios del tercer milenio. Lo afirmó en su testamento con palabras cargadas de sentido:

“Estoy convencido de que durante mucho tiempo aun las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado. Como obispo que participó en el acontecimiento conciliar desde el primer día hasta el último, deseo confiar este gran patrimonio a todos los que están y estarán llamados a aplicarlo. Por mi parte, doy las gracias al eterno Pastor, que me ha permitido estar al servicio de esta grandísima causa a lo largo de todos los años de mi pontificado”¹.

¿Por qué el Papa Wojtyła, al contemplar de cara al horizonte definitivo de su existencia su largo y fecundo pontificado, ponía como corazón de su misión el Concilio? Lo mismo se podría decir de Benedicto XVI, de Pablo VI, del beato Juan XXIII y sin duda del mismo Papa Francisco. ¿En qué radica la importancia radical del magno acontecimiento? El Concilio se propuso, realizando la misión originaria del Pueblo de Dios, responder con el Evangelio de siempre a los anhelos e interrogantes de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Como indicaba el beato Juan XXIII, el Concilio quería “transmitir la doctrina en su pureza e integridad, sin atenuaciones ni deformaciones”, pero con la clara conciencia de que la tarea del Pueblo de Dios “no es únicamente guardar este tesoro precioso, como si nos preocupáramos tan sólo de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temor, a estudiar lo que exige nuestra época”. Era necesario, proseguía el Papa Roncalli, “que esta doctrina, verdadera e inmutable, a la que se debe prestar fielmente obediencia, se profundice y exponga según las exigencias de nuestro tiempo”².

Ese desafío plantea una tarea de apostolado y evangelización, como viene recordando el Papa Francisco. Supone llegar con la luz del Evangelio a todos los que peregrinan con nosotros en la historia, y también iluminar desde ella toda la realidad, como ha recordado reiteradamente el Papa Benedicto y lo ha recogido el Papa Francisco en su primera encíclica que lleva por nombre precisamente *Lumen fidei* — la luz de la fe—. Se trataba pues en el Concilio —como siempre se ha tratado y sigue siendo hoy la tarea central de la Iglesia— de descubrir

1. Juan Pablo II, *Testamento*, añadidura del 17/3/2000.

2. Juan XXIII, *Discurso de apertura del Concilio Vaticano II*, 11 de octubre de 1962.

El Concilio se propuso, realizando la misión originaria del Pueblo de Dios, responder con el Evangelio de siempre a los anhelos e interrogantes de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

los caminos para colaborar en la instauración de todo en Cristo, según la expresión paulina (Ef 1,10) que el Concilio cita una y otra vez, y que fue también el lema de

san Pío X: *Instaurare omnia in Christo*. Como ha indicado con fino discernimiento el Papa Benedicto XVI, el Concilio debía por ello “interrogarse sobre la relación entre la Iglesia y su fe, por una parte, y el hombre y el mundo actual”. Benedicto añade que la cuestión que abordó el Vaticano II “resulta mucho más clara si en lugar del término genérico ‘mundo actual’ elegimos otro más preciso: el Concilio debía determinar de modo nuevo la relación entre la Iglesia y la edad moderna”³.

Para ello, los padres conciliares, en el contexto del “gran debate sobre el hombre, que caracteriza el tiempo moderno”, debían “dedicarse de modo especial al tema de la antropología”⁴. El Concilio, por ello, posó una vez más su mirada sobre la persona humana, volviendo a presentar de cara a los interrogantes a veces dramáticos de nuestro tiempo la convicción creyente de la Iglesia —que está en el corazón de las enseñanzas conciliares— de que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”⁵. Como recordaba con penetración la *Ecclesia in America*, recogiendo la enseñanza del mismo Concilio, “el Verbo de Dios, asumiendo en todo la naturaleza humana menos en el pecado (cf. Hb 4, 11), manifiesta el plan del Padre, de revelar a la persona humana el modo de llegar a la plenitud de su propia vocación [...] Así, Jesús no sólo reconcilia al hombre con Dios, sino que lo reconcilia también consigo mismo, revelándole su propia naturaleza”⁶. Esto significa que, para los padres conciliares, “Jesús es el camino a seguir para llegar a la plena realización personal, que culmina en el encuentro definitivo y eterno con Dios” y es también la “respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres”⁷.

3. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005.

4. Allí mismo.

5. *Gaudium et spes*, 22.

6. *Ecclesia in America*, 11. Se trata de una cita de la *Propositio* 9; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 22.

7. Lug. cit.

De esa comprensión del misterio del ser humano, y de la luz que la Revelación proyecta sobre él, brotó el programa de la Evangelización de la Cultura, formulado por Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: “evangelizar —no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces— la cultura y las culturas del hombre en el

El Concilio, por ello, posó una vez más su mirada sobre la persona humana, volviendo a presentar de cara a los interrogantes a veces dramáticos de nuestro tiempo la convicción creyente de la Iglesia —que está en el corazón de las enseñanzas conciliares— de que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”.

sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*⁸, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios”⁹. El fruto es, como ha recordado el Papa Francisco, una cultura que “contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida”¹⁰, porque “el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio”¹¹.

El Papa Benedicto XVI ha indicado que el “paso dado por el Concilio hacia la edad moderna, que de un modo muy impreciso se ha presentado como ‘apertura al mundo’, pertenece en último término al problema perenne de la relación entre la fe y la razón, que se vuelve a presentar de formas siempre nuevas”¹². Por ello, en la Evangelización de la Cultura ocupa un lugar central la siempre renovada armonía entre fe y razón en camino hacia la verdad. Aquí se pone de manifiesto la importancia de la *Fides et ratio*, firmada tres lustros atrás por el beato Juan Pablo II, quien ponía esta cuestión en

8. *Gaudium et spes*, 50.

9. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 20.

10. Francisco, *Evangelii gaudium*, 68.

11. Allí mismo, 116.

12. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005.

el contexto del urgente “interrogante sobre el sentido de las cosas y sobre su propia existencia” que se plantea “el hombre cuanto más conoce la realidad y el mundo y más se conoce a sí mismo en su unicidad”¹³. Para el Papa Wojtyła son precisamente “las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: *¿quién soy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué hay después de esta vida?*”¹⁴, las que impulsan al hombre en la aventura del conocimiento de la realidad. La superación de la crisis de la verdad, de ese ofuscamiento del sentido de la verdad, que deja al hombre y a la cultura a la merced del sinsentido, supone en primer lugar que esas preguntas se planteen en toda su radicalidad.

El impulso de la Evangelización de la Cultura se sitúa en el dinamismo que esas preguntas suscitan: se funda en la convicción de que la fe

De esa comprensión del misterio del ser humano, y de la luz que la Revelación proyecta sobre él, brotó el programa de la Evangelización de la Cultura, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios”.

nos permite descubrir la respuesta plena a esos interrogantes, pues “el anuncio que el creyente lleva al mundo y a las culturas es una forma real de liberación de los desórdenes introducidos por el pecado y, al mismo tiempo, una

llamada a la verdad plena”. En el encuentro con la luz de la fe, “las culturas no sólo no se ven privadas de nada, sino que por el contrario son animadas a abrirse a la novedad de la verdad evangélica recibiendo incentivos para ulteriores desarrollos”¹⁵. Esta convicción de la radical armonía entre fe y razón en búsqueda de la verdad, y de que el horizonte que la fe le abre a la razón es un servicio a su propio dinamismo intrínseco, y por lo tanto a la persona y a la humanidad entera, es central al Concilio, y es la que inspira nuestra revista *Persona y Cultura*.

Los acontecimientos y aniversarios de este año ponen ante nosotros con mucha claridad este horizonte y constituyen un llamado a renovarnos en el servicio a la humanidad que es la iluminación de la reali-

13. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 1.

14. Lug. cit.

15. Lug. cit.

dad con una razón abierta a la luz que proviene de la fe. Nos invitan también a afrontar los desafíos de la iluminación desde el Evangelio de todas las realidades humanas con una perspectiva histórica amplia, y, más en profundidad, a acoger toda la rica tradición de la Iglesia, en un dinamismo de renovación en continuidad, que los hitos de este año ponen de relieve. El gesto del Papa Francisco, al ofrecer, como su prime-

ra encíclica, un texto preparado por su predecesor, subraya con mucha fuerza que, como él mismo lo indicó, el “Sucesor de Pedro, ayer, hoy y siempre, está llamado a ‘confirmar a sus hermanos’ en el inconmensurable tesoro de la fe, que Dios da como luz sobre el camino de todo hombre”¹⁶. Esta misión de ayer, hoy y siempre, brilla en el testimonio unánime de los pontífices posteriores al Concilio, como se puede ver en el breve recorrido que hemos hecho, en el cual también resulta evidente la continuidad orgánica de las enseñanzas conciliares con la tradición viva de la Iglesia, en que están insertas.

Al iniciar la segunda década de la publicación de nuestra revista, queremos renovar nuestro compromiso por hacernos responsables de ese patrimonio, con la firme convicción de que, contrariamente a lo que piensan los que asocian la fe con la oscuridad, lo que es característico en ella es precisamente su “capacidad de iluminar toda la existencia del hombre”. Queremos seguir ofreciendo, como un servicio humilde a la humanidad, esta luz sobre toda la realidad, “para que crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz”¹⁷.

En el encuentro con la luz de la fe, “las culturas no sólo no se ven privadas de nada, sino que por el contrario son animadas a abrirse a la novedad de la verdad evangélica recibiendo incentivos para ulteriores desarrollos”. Esta convicción de la radical armonía entre fe y razón en búsqueda de la verdad, y de que el horizonte que la fe le abre a la razón es un servicio a su propio dinamismo intrínseco, y por lo tanto a la persona y a la humanidad entera, es central al Concilio, y es la que inspira nuestra revista Persona y Cultura.

16. Francisco, *Lumen fidei*, 7.

17. Allí mismo, 4.